

**Biografía personal, experiencia colectiva y memoria histórica en León Rozitchner.
Indagaciones en torno a la cuestión generacional.**

Emiliano Exposto¹

Resumen

El objetivo de esta ponencia es trazar una lectura de la filosofía de León Rozitchner a partir de la cual articular tres campos de estudio y activación política que en ciertas intervenciones teóricas o prácticas suelen estar escindidos, esto es: la biografía personal, la experiencia colectiva y la memoria histórica. Nuestra hipótesis es que el pensamiento rozitchneriano ofrece cifras de inteligibilidad novedosas según las cuales repensar la historicidad específica de lo que denominaremos el problema generacional en la cultura argentina de izquierdas de principios del siglo XXI.

¹ Emiliano Exposto es Profesor de Enseñanza Media y Superior en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires. Becario doctoral por Conicet. Docente en la Cátedra Construcción histórica de la subjetividad moderna de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Biografía personal, experiencia colectiva y memoria histórica en León Rozitchner. Indagaciones en torno a la cuestión generacional.

1. Introducción

El objetivo es extraer de la obra de León Rozitchner nuevas cifras de inteligibilidad para repensar, en el marco de la cultura argentina de izquierdas, el problema de las generaciones intelectuales y políticas contemporáneas. Tal perspectiva va acompañada a su vez con la intención de operar una problematización filosófica del presente político argentino, a los efectos de deconstruir los soportes teóricos que subyacen a las prácticas colectivas en el contexto neoliberal de la región y en la coyuntura macrista en Argentina.

Teniendo en cuenta estas líneas de indagación, abordaremos la obra rozitchneriana en función a obtener un campo nocional para repensar la dimensión subjetiva y la especificidad histórica inherente a un posicionamiento generacional común que, de cara al presente, refresca las prácticas teóricas y políticas. Esto resulta importante, según creemos, para comenzar a interrogarse sobre lo que podríamos llamar una recomposición generacional de la cultura argentina de izquierdas. Reformulación que encuentra sus horizontes en una búsqueda actual por elaborar los fracasos históricos buscando no repetir, en un nuevo escenario de luchas sociales y conflictos políticos, las mismas fibras imaginarias, simbólicas y sensibles que se pusieron en juego en pasadas y presentes derrotas.

Las encrucijadas que emergen ante la cuestión generacional fueron trabajadas en el medio local de diversos modos en los últimos años (Acha, 2008; Schwarzböck, 2016; Svampa, 2008). En ese marco se inserta este artículo, con una comprensión de lo generacional como un posicionamiento existencial y político, personal y colectivo, frente a los dramas de una época. Visión que halla en Rozitchner la posibilidad de contribuir teóricamente a los debates que suscitan las vivencias de las nuevas generaciones intelectuales y militantes.

La figura de Rozitchner permite abrir grietas en los fondos conceptuales de época que configuran a las generaciones de los sesenta y setenta. Cuestionando asimismo los legados simbólicos impensados que operan a la base de la llamada transición democrática y la última década del siglo pasado, el pensamiento de Rozitchner es pasible de ser conectado con las rebeldías políticas que desde mediados de la década del 90' alentaron las insurrecciones populares de 2001. El nuevo milenio presenta a Rozitchner como un resto inasimilable, por lo intolerable, para la cultura de izquierdas tradicional y para los progresismos más *aggiornados*. Y por eso mismo constituye un punto de partida – no de llegada – para las actuales aspiraciones emancipatorias.

Creemos, en ese marco, que la filosofía rozitchneriana aporta bases fértiles para trabajar sobre la cuestión generacional. En lo que sigue trabajaremos en torno a los clivajes conceptuales que en Rozitchner convergen en el plano donde lo generacional se torna un problema de índole filosófica y política, esto es: la biografía personal, la experiencia colectiva y la memoria histórica.

2. La biografía personal como núcleo de verdad generacional: entre la experiencia colectiva y la memoria histórica.

A partir de una lectura filosófica del psicoanálisis freudiano, en la década del 70', Rozitchner formula una de sus hipótesis centrales: *el sujeto es núcleo de verdad*. Esto quiere decir que en el propio cuerpo individual se verifica y despliega, se debaten, los avatares del ser común. La historicidad, inmanente e imprevisible, de la materialidad humana del mundo circundante se encarnan en el propio cuerpo. El sujeto es, al mismo tiempo, productor y producto de la comunidad. Y por ello, en cada subjetividad se elabora una determinada perspectiva material de la verdad: una verdad concretamente vivida en los pliegues pensantes, sintientes e imaginantes que somos.

La propia vida, en Rozitchner, es índice de una significación irrenunciable a la hora de hacer política. Una vida hecha de huellas y nudos impensados que hacen a la configuración específica de cada uno en relación con las desventuras de la época. Marcas de sujeciones no revisadas, restos de transacciones complejas, excedentes de una trayectoria personal fabricada a fuerza de rebeldías incumplidas y subordinaciones no suficientemente cuestionadas. Pensamos y actuamos, siempre, desde aquello que nos constituye más allá de no tener saberes "claros y distintos" respecto a ello.

El nacimiento biológico, en Rozitchner, no es la única forma que adquiere el origen. El origen, si existe, es material e histórico: el origen, no sustancial de nosotros mismos, está en todas partes. Origen no es destino, sino un suelo o un mapa dibujado mediante trazos propios y desconocidos. El origen en su historicidad compone un entrecruzamiento entre biografía personal, experiencia colectiva y memoria histórica: he allí el cuerpo generacional de una época. Es un punto de partida, nada más y nada menos, desde el cual hacer algo, como un sostén concreto a partir del cual intentar, una y otra vez, airear nuestras prácticas.

Al mismo tiempo, el autor nos habla de un segundo nacimiento, una emergencia histórica que se juega en el plano de los afectos y pensamientos que elaboramos trabajosamente, cuando adultos, y en función de los cuales es pasible prolongar la experiencia personal - indelegable- en la comunión de una experiencia colectiva. En ese sentido, Rozitchner entiende que el cuerpo individual, portador de saberes y poderes inexplorados, es el suelo material de toda confección de un cuerpo colectivo con vocación de construcción de poder político en el extendido juego de las fuerzas sociales en pugna. Nacer, en el expandido terreno de la historia social, para abrir paso desde la propia historia a la historia y al deseo de los otros. Para reencontrar el resorte de la transformación individual en la transformación colectiva. Para sanar personalmente y componer un horizonte de cura generacional que haga frente a los malestares que quiebran la época.

De modo que si la vida personal es índice de verdad histórica y fundamente material no sustancial de los poderes y saberes colectivos, entonces el autor afirma que toda epistemología política y filosófica es consecuencia de una biografía. Actuamos y pensamos, repetimos, desde y contra lo que somos, siempre inmersos en un proceso de metamorfosis individual como condición necesaria, más no suficiente, de transformación social. Por tanto, la biografía personal es parte de una totalidad humana históricamente desgarrada por duelos comunes y rasgaduras sensibles. Experiencia personal que resulta ser un signo, conflictivo, desde el cual hilvanar una biografía generacional (o hetero-biografía colectiva).

La experiencia colectiva es el fondo de la experiencia personal. Realizar una crítica filosófica y política supone sentirse atravesado por las matrices que atraviesan una época, radicalizar la propia trayectoria para reencontrar una vivencia común. Puesto que negar la mediación de lo más personal, en la construcción colectiva, es disolver la materialidad de lo histórico. No hay elaboración común inmediata: supone potenciar lo personal para no acceder a una concepción ilusoria de lo grupal, y de tal modo amplificar la totalidad abierta que somos en un cuerpo heterogéneo y múltiple.

De tal forma, desde Rozitchner aquí sostenemos que el significante “generación” ha operado en las tradiciones intelectuales y políticas argentinas como un modo de circunscribir las agendas culturales de una época: un corte fundacional que cincela los tópicos de los debates de una sociedad en un determinado momento histórico. Creemos que esta palabra, “generación”, es pasible de ser re-apropiada para problematizar la vida intelectual argentina contemporánea, rasgada, desde nuestra perspectiva, por la ausencia de una vocación colectiva que mancomune en una política cultural las potencias dispersas, y sea capaz de asimilar -críticamente- la sociedad compleja en la que vivimos.

En otras palabras, entendemos a una generación más como una disposición existencial, una toma de posición singular frente a la época, una vocación política por lo común, que como un mero rasgo etario. No obstante, una generación se afirma en el reconocimiento de ciertas huellas, marcas afectivas específicas propias de haber compartido una experiencia histórica común, en donde las edades que fraguan una subjetividad cumplen un papel. Es decir, sostenemos la existencia de un cuerpo generacional, múltiple y heterogéneo, que aunque no se afirme intelectual y políticamente naufraga en estado de latencia. Un mundo de vivencias y formas comunes de percibir problemáticas y escollos de un tiempo histórico determinado.

Abrirse paso en la propia experiencia a la historia de los otros es un primer gesto, sutil y complejo, para abrir desde uno mismo a un espacio-tiempo de resonancia generacional. Magma colectivo que anima, sin saberlo, las opciones personales con las cuales intentamos hacer algo con lo que hicieron de nosotros. De este modo, entendemos a lo generacional como el fondo amplificado que sostiene la materialidad común de un cuerpo individual: lo generacional en tanto cuerpo colectivo tensionado por una determinada historicidad específica.

Rozitchner señala que un lugar común en las generaciones pasadas de izquierdas, que hoy muchas veces acríticamente prolongamos como tutela epistémica y moral, es el de postular un “afuera” incontaminado al capitalismo como fundamento de todo posicionamiento crítico al sistema. Al contrario, el filósofo argentino entiende que las condiciones sociales no las transforman sujetos abstractos sino aquellos sujetos concretos producidos por esas mismas condiciones que se pretenden transformar, con las opciones que esos mismos sujetos toman o tomaron en algún momento de su historia y lo constituyeron. En otras palabras, estamos hechos de aquello mismo que deseamos enfrentar. Y peleamos, siempre, con armas híbridas.

Una consecuencia evidente de este lugar común es el de superponer y confundir el plano estructural del capitalismo y su plano ético-político. ¿Qué decimos cuando afirmamos: “reproducir el sistema”? En un sentido ético, podemos aludir a aquellos pliegues regresivos del capitalismo para la vida en común (xenofobia, homofobia, racismo, clasismo,

machismo, etc). Pero en un sentido estructural todos reproducimos el sistema para vivir. Dicho de otra manera: nuestra vida es el sistema reproduciéndose como tal. El enemigo, como señala Rozitchner una y otra vez, cala muy profundo en nosotros mismos. Y allí radica la eficacia de su dominación hegemónica.

Ahora bien, al confundir estos planos en la cultura política de izquierdas, la frase “reproducir el sistema” se vuelve un *a priori* condenable y se cristaliza en una coherencia de izquierda de tipo principista. Una co-herencia trans-generacional, cuya continuidad desde el siglo pasado hasta nuestros días parece operar sin mayor cuestionamientos. Un modelo de coherencia que olvida la materialidad de la vida. Pero, en cambio, Rozitchner muestra que confundir esos planos acarrea efectos en la propia subjetividad militante: colocarse por fuera. Auto-percibirse “a salvo”. Auto-inmune. Sólo por el hecho “defender la propia ideología”, por ser “coherentes”. Sin embargo, ¿la coherencia principista de izquierda no es otra forma de adhesión siniestra a la salvación personal que ofrece el capitalismo? ¿militar en una organización de izquierdas ya nos ubica como exteriores al capitalismo y nos resguarda a salvo de un sistema inmanente a la historicidad que vivimos? ¿No será que sólo es posible producir una transformación de raíz de las estructuras capitalistas si asumimos a fondo el desgarró existencial que las mismas estructuras generan en nosotros?

3. Combatir para comprender: un método filosófico y político para repensar la cuestión generacional.

En este apartado precisaremos de manera más atinada la concepción rozitchneriana del trabajo intelectual y político que, desde el propio ser, se expande al entretejido común. La fórmula "combatir para comprender", en Rozitchner, nos sirve como motor para reflexionar en torno a la conexión entre lo personal y lo común en un horizonte de experiencia política y memoria generacional que, en la actualidad, politice los cuerpos al revisar los filamentos entumecidos inertemente en nuestras prácticas de izquierdas más sedimentadas.

Decimos que lo personal es político, o la biografía personal es hetero-biografía generacional por los siguientes motivos. Primero porque Rozitchner indica que no es posible leer sin asimismo vivificar aquello que se lee desde las propias experiencias. La lectura filosófica, de un texto o de una coyuntura específica, no es más que una actividad del cuerpo afectivo. Y tal es así que sólo la confrontación cuerpo a cuerpo con la positividad de lo escrito y lo hablado puede trastocar la propia subjetividad lectora. Pensar implica, en definitiva, un esfuerzo proporcional al invertido en aquello que se piensa. Supone una operación de metamorfosis: para Rozitchner estudiar a un autor de la tradición o una singularidad política requiere convertirse, en cierto punto, en eso mismo que se estudia. Comprender al otro supone confrontar, con uno mismo y con ese mismo otro. Combatirse, para comprenderse, y transformarse. Al mismo tiempo que combatir a otros, para comprenderlos y transformarnos juntos.

Segundo, porque la filosofía rozitchneriana parece inseparable de una escena de confrontación vinculada a la escritura. Implica enfrentarse al otro y a uno mismo como condición de posibilidad para decir y desear lo propio. Para poner en primer escena esa

coherencia personal y ajena, la filosofía requiere ser llevada a cabo como una transfusión de sangre, la cual pone en jaque los obstáculos afectivos e imaginarios de quién la realiza. Y por eso se trata de una operación a dos puntas. Por una parte, se penetra en la coherencia de lo escrito, pero no para descubrir un sentido oculto, sino para despertar y crear una sensibilidad común que anime con otro halito vital al texto. Y por otra, se realiza una confrontación con el texto, tratando de comprender a fondo el magma afectivo que alienta la coherencia de esa obra. Pero en esa comprensión confrontativa con el otro, la tarea no es otra que comprender y confrontar los obstáculos propios que parten de la acción del terror sobre nuestro cuerpo.

Tercero, porque el gesto rozitchneriano reside en ubicarse más allá de las dicotomías que se plantean a la hora de realizar una empresa interpretativa en clave filosófica. Porque hacer filosofía, para Rozitchner, es una actividad en primera persona, desplegada empero sobre el fondo extendido de la historicidad común. El autor convierte al sujeto, a cada uno de nosotros, en el lugar de elaboración de una verdad histórica, concretamente vivida y compartida con otros. Donde la lectura y la escritura, el habla y la acción nacen desde las propias marcas sensibles. Se filosofa en función de las vivencias pasadas y presentes del propio cuerpo, resonando y plenificando saberes y potencias entumecidas en el espacio común. La materialidad concreta, no ilusoria, del poder colectiva de pensar y actuar no es sino el cuerpo y la vida individual. La filosofía está destinada por eso a desentrañar aquello que impide la prolongación de lo singular en lo social.

Y por último, porque Rozitchner ubica su metodología filosófica a mitad de camino entre, por un lado, una tradición que declara la muerte del autor como consecuente con la muerte del sujeto sustancial y la búsqueda de un significado fundante, y aquello otra línea que procura dilucidar, detrás de todo discurso en sentido amplío, un sentido último. Al contrario, en Rozitchner biografía personal, obra y experiencia histórica compartida se cuecen en un mismo movimiento existencial: la filosofía convertida en una aventura extendida como un tejido hacia los otros y en conflicto permanente con determinado contexto social. Tal es así que el argentino siempre sugirió que todo libro requería ser leído con el acompañamiento de una biografía del autor en cuestión. Pero no se refería a una biografía de índole escolar, sino a una narrativa minuciosa de las experiencias que el escritor desarrolló, en el plano libidinal y pensante, antes y durante el proceso de creación.

La experiencia colectiva, en efecto, debe evidenciarse desde la totalidad material del ser pensante y sintiente que cada uno somos, en ese único espacio personal e irrepetible que cada uno es su existencia. Vemos entonces como Rozitchner no tacha al sujeto ni engrandece al individuo por sobre lo histórica, sino que, más bien, torna a la biografía personal como una punta clave en la fabricación de una obra intelectual o de una experiencia política: toda epistemología social y política es, en cierto punto, una producción biográfica de sentido, cocida al calor de la coyuntura y cincelada por las memorias históricas y viviente que cada generación viabiliza en sus manifestaciones comunes.

Por lo tanto, sí el índice de sentido de una construcción intelectual y política no es otro que el suelo afectivo que conmueve a la corporalidad singular, entonces quizás sea posible considerar la extensión de esto en el plano de un cuerpo generacional. Esto es: prolongar las marcas sensibles de cada sujeto hasta extenderlas hacia aquello que podríamos llamar una

biografía generacional, dibujada por huellas sintientes e imaginarias comunes, desde la cual nace la acción política e intelectual.

En Rozitchner, en fin, asistimos a un pensamiento que nos obliga a descender al plano de los afectos comunitarios que elaboramos en común, para desde allí encarar las urgencias del presente contra el terror. Una filosofía que remite, en el plano político, a la necesidad generacional de asumir colectivamente la urgencia de un “nuevo nacimiento” histórico, retomando las marcas sensibles que el desgarramiento social y afectivo contemporáneo producen en los cuerpos, en vistas a elaborar un posicionamiento teórico y práctico novedoso. En ese marco teórico preguntamos: en el contexto argentino actual, victoria macrista e incipiente maduración del modo de vida neoliberal como opción existencial hegemónica, ¿es posible hablar de un fracaso generacional transversal a la cultura política de izquierdas y el campo popular?

4. Derrota y fracaso en la cultura política de izquierdas.

“No nos han vencido”, “vamos a volver”, expresiones que insisten, bajo la forma de consignas más o menos optimista que tributan a una coherencia izquierdista cerrada ante el drama histórico y sostenida en el plano de los principios, más allá de los avatares adversos de las sucesivas coyunturas.

Ante ello, dos textos de León Rozitchner dan lugar a explorar, en el heterogéneo campo intelectual y político de la cultura argentina de izquierdas, las diferencias entre lo que usualmente llamamos derrota y fracaso. Los textos son: “El espejo tan temido” incluido en *Acerca de la derrota y de los vencidos*, compilación destinada a peinar a contra pelo el drama generacional de las izquierdas argentinas y latinoamericanas en el largo ciclo de los sesenta y setenta; y *Filosofía y emancipación: Simón Rodríguez o el triunfo de un fracaso ejemplar*, escrito a mediados de los 80 en Caracas con el objetivo de revisar, desde el modelo humano que Rodríguez habilita, el nido de víboras personal y colectivo que todo proceso emancipatorio debe desarmar si no quiere tropezar con las trampas que nos tiende el enemigo como su eficacia más profunda.

En el contexto argentino actual, queremos preguntarnos, más allá de los balances obligados de la agenda militante, en cuáles son los signos generacionales de la subjetividad de época que ya anunciaban y condujeron — sin saberlo ni quererlo — a una parte de la coyuntura política de nuestro país.

En ese sentido, afirmamos que el triunfo macrista no expresa, para nosotros, sólo una derrota electoral kirchnereana. Es el índice de un fracaso político cultivado en el juego real de las fuerzas, en un proceso de mucho más tiempo. Una derrota generacional, labrada en los afectos, en los símbolos, en la economía de las vidas. Una fracaso, repetimos, transversal a las izquierdas y al campo popular.

Entendemos que no asumir ese plano en donde el triunfo macrista hace sistema con los elementos inexplorados de nuestra propia subjetividad, es condenarnos a una pulsión de repetición enroscada en un círculo vicioso colmado de inercia e impotencia.

Si lo personal es político, como nos recuerda una y otra vez el espacio de vida abierto por el feminismo, entonces decimos que la victoria del macrismo en 2015 no fue solamente un suceso electoral. Sino un acontecimiento que ya se venía gestando en las formas de vida cultivadas en Argentina en un proceso histórico de largo aliento. No nos embebemos de un esquema conceptual donde lo neoliberal se nos aparece como un otro radicalmente exterior a nosotros mismos. Al contrario, nos interrogamos por cuánto del macrismo y del neoliberalismo se reproduce, minúsculamente, en cada pensamiento, sentimiento y práctica que llevamos adelante.

Intuimos que existe un fracaso generacional que se estaba germinando en nuestros modos de militar y en las formas colectivas de construir organización y poder. Un fracaso que pone en jaque, fundamentalmente, nuestras maneras de vivir, de escuchar, de hablar y (des)componer lo común.

Pero hay una fibra última de la subjetividad de izquierdas en donde la victoria macrista, lejos de asumirse como un fracaso propio y colectivo es vivida como una confirmación de las propias presunciones y un blindaje de esa misma subjetividad.

El fracaso no nos abre. La derrota es siempre exterior y no nos pone en cuestión. Vivimos como si no estuviésemos implicados en esta coyuntura. Porque si una y otra vez falla el tránsito que deseamos operar, desde una hegemonía capitalista de vida hacia una construcción de poder emancipatoria, entonces el obstáculo quizás seamos nosotros mismos.

Es por ello que sostenemos, desde una lectura de León Rozitchner, que no es lo mismo hablar de la derrota o del fracaso. En el imaginario militante se suelen confundir ambas instancias. Pero Rozitchner da lugar a que una cura común de las experiencias generacionales dramáticas de la cultura política de izquierdas en nuestro país requiere diferenciar cuando hablamos de derrota y cuando hablamos de fracaso.

El lenguaje de la derrota remite al nivel físico de la contradicción entre los grupos sociales, a los antagonismos construidos en la lucha política, y a la acumulación exclusivamente cuantitativa del propio poder. Pensar la derrota supone, en efecto, que luego de una disputa es posible diferenciar claramente entre ganadores y perdedores. Luego del tiempo en que dure el combate, los vencedores imponen sus reglas al vencido. Por eso, el lenguaje de la derrota refiere a la escena violenta de un enfrentamiento (directo o indirecto, da igual) entre dos bandos delimitados. El campo social se encuentra dividido con precisión. La política adquiere la modalidad de duelo. Asistimos a un escenario de guerra más o menos abierta. Y la política queda reducida al disciplinamiento de la propia tropa y a la reproducción de la propia organización. Lógica del aparato, enemistades claras, mezcla de esencialismo, exterioridad sistémica y moralismo que confluye en una auto-purificación con respecto a aquello que se combate y en una modulación burocrática de la militancia intelectual y política como forma de vida.

Esto conlleva a que en ocasiones uno puede asumir que ha sido derrotado, pero sin detenerse a elaborar los lineamientos que, desde uno mismo, podrían conducir a que seamos vencidos.

Con la palabra fracaso queremos designar el nivel vital de los cuerpos. La lengua del fracaso busca captar el movimiento inconfesado de las vidas. Aquello inexplorado. Lo desconocido en nosotros mismos.

Más allá de las diferencias en cada coyuntura o actividad cotidiana, un derrotado puede sentirse o no fracasado. Se trata de un problema de verificación subjetiva: la cuestión se juega en cómo vivimos lo que (nos) pasa. El fracaso nunca refiere a un otro exterior, sino que parte de uno mismo. La lengua del fracaso nos habla de nuestros compromisos afectivos, cuestiona responsabilidades. En un escenario de guerras cruzadas, ya no es posible identificar enemigos claros. Y por eso, esta coyuntura política viabiliza la posibilidad de sentir lo siniestro del fracaso propio: gestado en lo incuestionado de nuestras simbologías de izquierdas, reproducido en nuestros hábitos sedimentados, cocinado en una desertificación del campo popular y las izquierdas en lo que hace a materia de imaginarios inventivos y nuevos lenguajes para la complejidad de las novedosas prácticas del nuevo siglo. El anti-intelectualismo que opera a la base de nuestra subjetividad militante, la urgencia que dice "no hay tiempo para pensar, hay que salir a la calle", el inmediatez político y el pragmatismo, el escamoteo de la propia fragilidad individual y grupal detrás de alguna teología-política que hipostasia la trascendencia de alguna sombra divina (la orga, el partido, el pueblo, la jefa, la clase, etc.), son algunos de los elementos que, en la cultura política de izquierdas, hacen sistema con la especificidad del modo de vida neoliberal que es diagonal a una derechización de los afectos en el campo expandido de lo social.

En cambio, dislocando una "moral de los vencidos" de larga data generacional que aún hoy mancomuna a muchos intelectuales y militantes de izquierdas, Rozitchner hace del fracaso una posibilidad ejemplar. Esto último creemos que nos podría conducir a descubrir una potencia inexplorada, una energía que surge de asumir la responsabilidad respecto a los modos de vida efectivos que llevamos adelante día a día.

Si la propia historia personal y grupal es uno de los fundamentos materiales de la historicidad colectiva, entonces también podemos ser la mediación sensible desde la cual comenzar a repensar nuestra implicación en algo así como una recomposición generacional de cultura política de izquierdas.

5. A modo de conclusión: ¿acaso el macrismo es índice de un fracaso generacional transversal a la cultura argentina de izquierdas y el campo popular?

Toda biografía personal es índice de una biografía generacional.

Detrás de toda epistemología política late, sorda y silenciosamente, la trayectoria de una experiencia individual y colectiva.

Trazar un mapa posible para pensar la victoria macrista, requiere confeccionar, en el propio cuerpo, una cartografía de la historicidad neoliberal.

Debemos pensar la especificidad propia de lo neoliberal, al comprenderlo como una estructura imaginante, afectiva y pensante de época.

Intentamos preguntarnos por la posibilidad de que el macrismo patentice un suelo de verificación de un fracaso generacional transversal a la cultura de izquierdas y el campo popular.

El cuerpo individual es el fundamento concreto en toda construcción de poder colectivo. Negar la mediación de lo personal en el seno de una elaboración colectiva, es negar la materialidad efectiva que permite la amplificación y expansión de lo propio en lo común. Un acceso no ilusorio a las prácticas intelectuales y políticas supone revalorizar la propia experiencia, como una condición necesaria para potenciar la experiencia colectiva.

En toda experiencia personal se despliega y debate, fragmentariamente, una experiencia generacional compartida.

La victoria macrista nos permite pensar la posibilidad en Argentina de una maduración cultura y social de una hegemonía neoliberal profunda. El espejo tan temido que el macrismo nos ofrece, más allá de las continuidades y discontinuidades con el pasado reciente de nuestro país, nos sirve como núcleo de verdad histórica para revisar lo neoliberal en la cultura política de izquierdas y en la propia biografía personal.

El cuerpo individual y colectivo forman un territorios de fuerzas en pugna.

Pensar lo neoliberal supone desarmarse, sin refugiarse en los esquemas de acción conocidos, en la familiaridad simbólica de la propia "orga", en el corporativismo militante, en una transacción con las mismas guías éticas y moldes imaginarios que, frente a la adversidad de las sucesivas coyunturas, se muestran desteñidos ante los nuevos escenarios de luchas.

Lo neoliberal no representa, per se, una salvación o una condena. No existe la posibilidad de distinguir, en la inmanencia del cuerpo social y en la propia experiencia personal, una zona gris que pliegue un núcleo de vida no neoliberal desde el cual dar la batalla. Eso supondría hipostasiar una instancia ubicada más allá de la historicidad situada que habitamos.

Identificar una exterioridad desde la cual construir poder, confluente más tarde o más temprano en algún que otro esencialismo sociologicista o moralismo metafísico.

Negar la propia matriz neoliberal, buscando "algo" radicalmente diferente respecto a un otro exterior, o cubriendo con percepciones distorsionadas la dificultosa tarea de hallar una productividad cualitativamente diferente en la historicidad que nos constituye, nos conduce a apelar a ontologías teológicas y patriarcales que reponen algún tipo trascendencia y obstaculizan la posibilidad de expandir la fuerza que viabilizamos en la inmanencia del propio cuerpo hilvanado en lo social.

Lo neoliberal, al mismo tiempo que produce vulnerabilidad y malestar existencial, despliega un proceso de complejización, plurificación, fragmentación y sofisticación de las capacidades sociales, que al metabolizarse en los cuerpos tal vez da lugar a nuevas formas de potencias y riquezas aún inexploradas .

Somos coagulaciones de una estructura transversal al ser común, y más allá de nuestras opciones políticas, no estamos a salvo.

Radicalizar una crítica significa alojar la pregunta por lo *siniestro*, para abrirse paso en el propio cuerpo a los nudos más dolorosos de la historia. Eso supone, hoy en día, comprender y combatir lo neoliberal en uno mismo: ¿cuánto de Mauricio Macri, o de María Eugenia Vidal, reside en nosotros?

En el actual contexto, donde una derecha rapaz instala una configuración histórica conservadora en nuestro país, consideremos que necesitamos interrogar: ¿acaso los componentes del modo de vida neoliberal, que están en vos y en mí, no hacen sistema con los ingredientes inexplorados de una subjetividad de época que es transversal a gran parte de la cultura intelectual y política de las izquierdas?, ¿Acaso una recomposición generacional de la cultura política de izquierdas en nuestro país supone concebir a lo neoliberal como una materialidad histórica a repropriadarse y politizar?, ¿la construcción común de una nueva praxis intelectual y política de izquierdas, en la actualidad, puede dejar de reconocer en lo neoliberal una potencia por explorar?

Bibliografía

Acha, Omar, *La nueva generación intelectual. Incitaciones y ensayos*, Buenos Aires, Herramienta Ediciones, 2008.

Rozitchner, León, *Freud y los límites del individualismo burgués*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2013.

Rozitchner, León, *Filosofía y emancipación: Simón Rodríguez o el triunfo de un fracaso ejemplar*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2012.

Rozitchner, León, "El espejo tan temido", en *Acerca de la derrotas y de los vencidos*, Buenos Aires, Quadrata, 2011.

Schwarzböck, Silvia, *Los espantos. Estética y pos dictadura*, Buenos Aires, Las cuarenta, 2016.

Svampa, Maristella, "Notas provisionarias sobre la sociología, el saber académico y el compromiso intelectual", en *Gérard Althabe. Entre dos mundos. Reflexividad y compromiso*, Buenos Aires, Prometeo, 2008